

CAPITULO V.

LOS ALBIGENSES, LOS PETROBRUSIANOS, LOS ENRIQUIANOS, LOS ARNOLDISTAS Y LAS IGLESIAS DE BERENGARIO.

El origen y extensión de estas iglesias. Ya se ha indicado que los Paulicianos vinieron de Armenia, pasando por Tracia, se asentaron en Francia y en Italia, viajando a través de –y haciendo discípulos en—casi todos los países de Europa. Algunos escritores han establecido que los Albigenses son descendientes de los Paulicianos (**Enciclopedia Británica, I, 454, 9ª Edición**). Otros escritores recientes han dicho que los Albigenses se encontraban en los valles de Francia desde los tiempos más tempranos del Cristianismo.

Profesor Bury. El Profesor Bury dice que (los Albigenses) “permanecieron en el sur de Francia”, y no eran un “simple Bogomilismo, sino que eran algo que existía de tiempo atrás en el área”. El Profesor Conybeare cree que los Albigenses han existido desde tiempos muy lejanos en la Península de los Balcanes “en donde probablemente fueron la base del Bogomilismo” (**Bury, Ed. Gibbon, History of Rome, VI, 563**).

Su historia. Los Albigenses se extendieron rápidamente a través del sur de Francia y la pequeña ciudad de Albi, en el distrito de Albigeois, vino a ser el centro de ese grupo. De esta ciudad derivaron su nombre de Albigenses. En Italia, los Albigenses fueron conocidos por otros nombres, como los Paulicianos, “los buenos hombres” y otros más. Es difícil determinar el origen de todos los nombres, pero algunos de ellos les fueron dados porque los consideraban vulgares, iletrados y de baja calaña; por otra parte, otros nombres les fueron dados a causa de la pureza y plenitud de sus vidas. Es admirable que en los inquisitoriales exámenes aplicados a los Albigenses no les hayan acusado de inmoralidades, pero el hecho es que de todos modos fueron condenados con base en especulaciones, o más bien por sus virtuosas reglas de acción que la Iglesia Católica Romana consideró como herejías.

Su buen carácter. Ellos decían que una iglesia Cristiana debía estar integrada por personas buenas; que una iglesia no tenía ninguna autoridad para dar forma a constitución alguna; que no tenía derecho a tomar juramentos de ninguna especie; que no era correcto quitar la vida a las personas; que un hombre no debía ser entregado a los oficiales de la justicia para ser presionado a convertirse a otra persuasión religiosa; que los beneficios de la sociedad pertenecían por igual a todos sus miembros; que la fe sin obras no podía salvar a una persona; que la iglesia no debía perseguir a nadie, ni siquiera a los malvados; que la ley de Moisés no constituía una norma para los cristianos; que no había necesidad alguna de sacerdotes, especialmente de malos sacerdotes; que los sacramentos, las órdenes y las ceremonias de la Iglesia de Roma no servían para nada, que eran costosas, opresivas y perversas. Ellos bautizaban

por inmersión y rechazaban el bautismo infantil (**Jones, The History of the Christian Church, I, 287**). Ellos eran decididamente anticlericales.

Es así, entonces”, dice el Dr. Allis, “que hemos encontrado a un grupo de hombres en Italia, antes del año mil veintiséis, quinientos años antes de la Reforma, quienes tenían posiciones contrarias a las de la Iglesia de Roma y fuertemente condenaban sus errores.” Atto, Obispo de Vercelli, se había quejado de tales gentes ochenta años antes, y otros más habían hecho lo mismo antes que él, y hay razones de mucho peso para considerar que los Albigenses existieron desde siempre en Italia (**Ibid, I, 288**). Los mismos Cathari presumían de sus remotos orígenes (**Bonacursus, Vital haereticorum ... Cathorum, ap. D'Archery, Scriptorium Spicilegium, I. 208**)

La destrucción de sus escritos. Al estudiar la historia y las doctrinas de los Albigenses no debe olvidarse el hecho de que, a causa de las persecuciones que sufrieron, apenas si dejaron algunos pocos escritos, ya fueran de naturaleza apologética, confesional o polémica; y las menciones que de ellos hacen los escritores Católico Romanos, sus enemigos jurados, puede decirse que están tremendamente exageradas. Las palabras de un historiador que no está de acuerdo con los principios de los Albigenses pueden usarse aquí:

Es evidente, no obstante, que ellos constituían una rama de esa amplia gama de sectarismo y herejía que surgió en Asia, como resultado del contacto entre el Cristianismo y las religiones orientales, rama que –al cruzar la Península Balcánica—llegó a Europa Occidental. El primer flujo de esa fuente fueron los Maniqueos, luego los Paulinos, después los Cathari, quienes durante los siglos diez y once fueron muy fuertes en Bulgaria, Bosnia y Dalmacia. De los Cathari, los Bogomilianos, los Patoreni y los Albigenses, etc. . . . fueron sólo desarrollos individuales (**C. Schmidt, Schaff-Herzog, I. 47**).

En otras palabras, estos grupos eran todos de la misma familia, y la conexión se hace más fuerte al considerar los términos negativos en los que este escritor viste sus expresiones.

No eran Maniqueos. Ya se ha dicho anteriormente que los Paulicianos no eran Maniqueos, y muy probablemente lo mismo pueda decirse de los Albigenses. Estos sufrieron opresión porque se pensaba que eran Maniqueos, acusación que también se enderezó en contra de los Valdenses. Como se dijo en la Introducción, debe tenerse mucho cuidado y no dar mucha credibilidad a sus acusadores. La Iglesia Católico Romana diligentemente buscó excusas para perseguir a todos estos grupos. Inclusive Martín Lutero fue declarado Maniqueo por el Concilio de Sens. El renombrado Arzobispo Ussher dice que “...la acusación de Maniqueísmo en contra de los Albigenses probablemente era falsa” (**Acland, The Glorious Recovery of the Baudios, Ixvii, London. 1857**). Sería muy difícil entender a los Albigenses desde este punto de vista filosófico. Ellos no eran gente dada a la metafísica. La suya no era una filosofía sino una fe y una

práctica diaria, que se presentaba a sí misma en el próspero territorio del sur de Francia.

Dos tipos de creyentes. Los Albigenses sostenían la división de los creyentes en dos clases: los perfectos y los imperfectos. Ésta era una clasificación común también entre los Paulinos, Valdenses y Anabautistas. Se tienen descripciones sumamente elaboradas de la iniciación de los *perfectos*, a través de una inmersión, al cuerpo de creyentes (**Beausobre, Historie du Manichaeism, II. 762-877**).

En el sur de Francia. Los Valdenses también podían encontrarse en la ciudad de Albi y, como ya se ha dicho, fueron llamados también Albigenses porque residían en esa ciudad (**Martin Schagen, The History of the Valdenses, 110**). Este movimiento se extendió de Italia hacia el sur de Francia, donde el terreno estaba maravillosamente preparado para recibir la semilla. Esa zona, además de ser la parte más civilizada de Francia, era rica, floreciente e independiente. Los habitantes eran personas alegres, intelectuales y progresistas, mientras que la Iglesia Católica Romana era aburrida, tiránica e ilógica; los clérigos se caracterizaban por ser supersticiosos, ignorantes, violentos y viciosos. Bajo tales circunstancias, la idea de retornar a la pureza y simplicidad de la época apostólica no podía dejar de llamar la atención de las gentes. Las severas demandas morales de los Albigenses causaron una profunda impresión en las gentes, sobre todo porque sus hechos coincidían con sus palabras. Ellos mostraban, junto con sus principios, un intenso celo por una vida pura, siendo escuchados con simpatía por todas las clases sociales. No es de extrañarse que las congregaciones abandonaran a los sacerdotes de la Iglesia Católica Romana y comenzaran a reunirse en derredor de los *Buenos Hombres*. No pasó mucho tiempo antes de que los Albigenses tuvieran congregaciones, y escuelas, e instituciones de caridad propias. La Iglesia Católica Romana vino a ser, entonces, objeto de burla (**Schaff-Herzog, I. 47**).

Las Cruzadas en su contra. Este estado de cosas alarmó y preocupó seriamente al Papa de Roma. En el año 1139 los Valdenses fueron condenados por el Concilio de Letrán; por el de Tours en 1163, y a partir de entonces la Iglesia Católica Romana comenzó a enviar misión tras misión a los Valdenses con el propósito de persuadirlos que retornaran al redil. El Cardenal Henry, en 1180, hizo uso de la fuerza. El Papa Inocente III publicó una cruzada en contra de ellos. Dice el historiador Hume:

Las gentes de todas partes en Europa, movidos por su superstición y su pasión por las guerras y las aventuras, se adhirieron a su estándar. Simón de Monfort, el general de la cruzada, adquirió de hecho una completa soberanía sobre esas provincias. El Conde de Tolouse, quien protegía, o tal vez sólo toleraba a los Albigenses, fue despojado de sus dominios. Y estos sectarios (los Albigenses), aunque eran de lo más inofensivo e inocentes, fueron exterminados llegando a terribles extremos de violencia y de barbarie (**Hume, History of England, II. Chapter xi**)

En la segunda cruzada, la primera ciudad capturada fue la de Braziers, que contaba con unos cuarenta mil habitantes. Cuando Simón de Monfort, Conde de Leicester, preguntó al Abad de Ceteaux, el delegado Papal, qué debía hacer con los habitantes de esa ciudad, el Abad les respondió: "Mátelos a todos. Al fin y al cabo, Dios conoce a los suyos." La guerra continuó bajo esta tónica por veinte años. Ciudad tras ciudad, después de ser capturada, era saqueada y reducida a cenizas. De ellas no quedaron sino ruinas humeantes. La guerra fue iniciada a causa del fanatismo religioso; la ambición y la rapacidad la terminaron. La paz se acordó en 1229, y la Inquisición concluyó su obra mortal.

Sus doctrinas. Rechazaban el bautismo infantil. Las evidencias que afirman que los Albigenses rechazaban el bautismo infantil son abrumadoras. Fue precisamente por esta causa que fueron condenados por un Concilio que se reunió en Tolouse, en 1119 D. C. (**Maitland, Facts and Documentes Illustrative of the Albigenses, 90. London, 1832**), así como por el que se reunió en Albi en 1165 (**Allix, The Ecclesiastical History of Piedmont, 150**). Los historiadores afirman que ellos rechazaban el bautismo infantil. Chassanion dice: "Yo no puedo negar que los Albigenses, en su gran mayoría, se oponían al bautismo infantil; lo cierto es que ellos no rechazaban el sacramento como inútil; sólo enseñaban que era innecesario administrarlo a infantes (**Chassanion, Historie des Albigeois. Geneva, 1595**). El Dr. Emil Comba, del Colegio Teológico Waldense, de Florencia, Italia, el más reciente de los historiadores de los Valdenses, dice que los Albigenses rechazaban "todos los sacramentos, excepto el bautismo, el cual ellos reservaban para administrarse a los creyentes (**Comba, History of the Valdenses, 17. London, 1889**).

La historia de los Albigenses es patética. "Nosotros vivimos", dice Everwin, de Steinfield, "una vida nómada y muy dura. Huimos de ciudad en ciudad, como ovejas en medio de lobos. Sufrimos persecución, tal como la sufrieron los apóstoles y los mártires, debido a que nuestra vida es santa y austera. Nuestra vida transcurre en medio de nuestras oraciones, abstinencias y trabajos, pero todo lo soportamos porque no somos de este mundo" (**Schmidt, Hist. Et. Doct. De la secte des Cathares, II. 94**). El Dr. Lea, una eminente autoridad sobre el tema de la Inquisición ha dicho que ninguna religión puede mostrar una lista tan continua de víctimas, quienes valientemente enfrentaron la muerte en las formas más odiosas antes que apostatar de su fe, que los Cathari.

Pedro de Bruys. Sus opiniones. Pedro de Bruys, un predicador bautista bien conocido de aquellas épocas, buscó -- alrededor del año 1100 en Languedoc y Provincia-- en Francia, una restauración de la verdadera religión. Él consideraba que el Evangelio debía ser entendido de manera literal y demandaba una base bíblica, y no tradicional, de aquellos que lo refutaban. Él fue discípulo del célebre Abelardo. Dollinger piensa que él aprendió sus doctrinas de los Cathari, presentando muchas razones en apoyo de ésta su opinión. Otros piensan que la persona y la presencia de Pedro de Bruys da base suficiente para presuponer la existencia de la vieja vida evangélica en Italia y en el sur de Francia por varios

cientos de años. "Hay mucha evidencia", dice el Profesor Newman, "de la persistencia, en el norte de Italia y en el sur de Francia, desde tiempos muy tempranos, de tipos evangélicos del Cristianismo" (**Newman, Recent Researches Concerning Medieval Sects, 187**).

El principal oponente de Pedro de Bruys fue Pedro el Venerable, Abad de Clugni, y es en el libro escrito por éste (**Contra Petrobrusianos, Patrologia Latina, CLXXXIX. 729**), en donde encontramos la base para juzgar las doctrinas de Pedro de Bruys.

Él sostenía que la iglesia era un cuerpo espiritual compuesto de personas regeneradas. "La iglesia de Dios", dice Pedro de Bruys, "no consiste en una multitud de piedras pegadas entre sí, sino de la unidad de los creyentes congregados." Él también enseñaba que las personas no debían ser bautizadas sino hasta que tuvieran uso de razón. Por tanto, él rechazaba el bautismo infantil, remitiéndose a Mateo 28:19 y a Marcos 16:16. Él negaba que "los niños, antes de que llegaran a la edad de la consciencia, podían ser salvos mediante el bautismo de Cristo (la declaración Católico Romana de su creencia), o que la fe de otro pudiera tener eficacia en la salvación de un tercero pues, según ellos (los Petrobrusianos), no es la fe de otro, sino la propia, la que salva, según la palabra del Señor. El que creyere y fuere bautizado será salvo, pero el que no creyere, será condenado". "Los infantes", continúa diciendo, "aunque bautizados por ustedes (los Católico Romanos), por razón de su edad no pueden creer, no pueden ser salvos (a través de su bautismo), de modo que es inútil y vano sumergirlos en agua a esa edad, por la que pueden ser limpios de la suciedad del cuerpo pero no puede limpiar el alma de su pecado. Pero nosotros esperamos el momento adecuado, y cuando una persona puede entender la enseñanza y creer en él, nosotros no 'los rebautizamos' (como ustedes nos acusan), porque no es posible decir que esa persona ya había sido bautizada, y que las aguas del bautismo administrado le habían lavado de sus pecados" Con relación a la Cena del Señor, él no sólo rechazaba la doctrina de la transustanciación sino que también negaba el carácter sacramental del rito.

Él tenía una gran cantidad de seguidores quienes, a la muerte de éste, fueron llamados Petrobrusianos. Ellos tenían los mismos puntos de vista que él sostenía respecto del bautismo. Deodwinus, Obispo de Liege, escribiendo a Henry I, de Francia, dice acerca de los seguidores de Pedro de Bruys: "Por lo que respecta a ellos, rechazan totalmente el bautismo infantil" (**Wall, The History of Infant Baptist, I. 478**).

Los Petrobrusianos son acusados de ser Anabautistas. De los extractos presentados anteriormente podrá verse que Pedro de Bruys administraba un nuevo bautismo a los creyentes, por lo que, a los ojos de sus opositores, ellos eran Anabautistas. Jacques Beningne Bosuet, el distinguido Obispo de Meaux y gran polemista Católico Romano, en 1704, se quejaba de que los seguidores de Juan Calvino buscaban establecer su ascendencia entre los Valdenses. Él dice:

"Tú adoptas a Henry y a Pedro de Bruys entre tus antecesores, pero todos saben que ellos eran Anabautistas". Faber dice, "Los Petrobrusianos no eran sino un mero grupo que se oponía al bautismo infantil, pero no sólo rechazaban el bautismo infantil sino que simplemente negaban la eficacia del bautismo administrado en la infancia" (**Faber, The Valdenses and Albigenses, 174. London, 1838**). J. A. Fabricius dice: "Ellos eran los Anabautistas de esa época" (**Fabricius, Bibliographia, c. xi, 388**).

Henry de Lanusanne. Su gran éxito. Henry de Lausanne, 1116-1148 D. C., fue un discípulo de Pedro de Bruys, y fue tan exitoso en su labor como reformador que dejó un gran número de seguidores que fueron conocidos como los Henricianos. Él es descrito como "una persona de dignidad, de ojo fiero, de voz de trueno, de hablar impetuoso, poderoso en las Escrituras. Nunca se conoció hombre de vida tan estricta, gran valor y humildad" y que "por su hablar pudiera mover a la compunción al corazón más duro." Él vino de Suiza a Mans y a otras ciudades de Francia. Tan grande fue su éxito que congregaciones enteras dejaron sus templos y le siguieron. Cuando él llegó a Toulouse, en 1148, el Papa Eugenio III envió a Bernardo de Clairvaux, el gran cazador de herejes, a predicar en contra de él. Bernardo describe el efecto de la predicación de Henry diciendo que "las iglesias estaban abandonadas, el camino de los niños estaba cerrado pues la gracia del bautismo les era negada, con lo que se le impedía su entrada al cielo, aunque el Salvador, con amor paternal los llamara, diciendo 'Dejad a los niños venid a mí.'" Henry fue obligado a huir para salvar su vida. Poco tiempo después fue arrestado en su refugio, traído ante el Concilio de Rheims y encerrado en una prisión en 1148, donde terminó sus días poco después de su encarcelamiento.

Sostenía las opiniones de los Anabautistas. Al igual que Pedro de Bruys, él también rechazaba el bautismo infantil. Georgius Cassander, quien a instancias del Duque de Cleves, escribió en contra de los Anabautistas, dice de Pedro de Bruys y Henry de Lausanne: "Ellos condenaron primero y abiertamente el bautismo infantil, y firmemente enseñaron que el bautismo era adecuado sólo para adultos creyentes. Esto no sólo lo enseñaban sino que era precisamente lo que practicaban en su ministerio diario" (Cassander, De Bautismo Infantium. Colonia, 1545).

Arnoldo de Brescia. Arnoldo de Brescia nació a principios del siglo XII y murió alrededor de 1148 D. C. Él fue discípulo de Abelardo, en Paris, y volvió a Italia con elevados ideales de reformación. Fue empujado de un país a otro, a causa de la persecución. Finalmente volvió a Roma y encabezó un patriótico intento de liberrar al país del poder del Papa. Fue tomado prisionero, condenado a la horca, su cuerpo posteriormente fue quemado y sus cenizas fueron arrojadas al Río Tíber.

El testimonio de Otto Freising. Otto Freising, el obispo Católico Romano contemporáneo con Arnoldo de Brescia, comenta que "... él era un hereje por lo

que tocaba a los sacramentos del altar y al bautismo infantil" (**Freising, De Gentis Frid., II. C. 20**). Así, Arnolfo de Brescia fue condenado bajo los decretos del Concilio de Letrán bajo Inocente III, en 1139 D. C. El Dr. Comba, haciendo un resumen de los puntos de vista de Arnolfo de Brescia, dice: "Con los Albigenses, él condenó las supersticiones antes mencionadas, así como lo de la salvación de los niños mediante el bautismo por aspersion" (**Comba, History of the Valdenses, 16**).

Arnolfo tenía sus seguidores, pues era muy popular en Lombardía. "Él fundó", según dijeron sus enemigos durante su estancia en Roma, "una secta de hombres que aún es conocida como la herejía de los Lombardos" (**Johannes Saresberensis, Historia Pontificalis. Véase Breyer, Arnold Von Brescia**). Ellos tenían grandes congregaciones de hombres trabajadores, lo que constituía una importante característica de los Valdenses y de los Anabautistas.

Los Arnoldistas. Los Arnoldistas, como su líder, rechazaban en bautismo infantil. De estos hombres, Guillaume Durand, en 1274 D. C., dice: "Los Arnoldistas enseñan que los hombres jamás reciben el Espíritu Santo a través del bautismo en agua, y niegan que el Samaritano lo haya recibido, sino hasta que recibieron la imposición de manos" (**Bula del Papa Lucio III. Hist. Pont. Prestz, 515**).

Para el año de 1184 los Arnoldistas eran llamados Albigenses, y un poco más tarde fueron también llamados Valdenses. Deickhoff, uno de los escritores alemanes de los Valdenses, afirma: "Había una conexión entre los Valdenses y los seguidores de Pedro de Bruys, Henry de Laussane y Arnolfo de Brescia, y todos ellos finalmente se unieron en un solo cuerpo alrededor del año 1130, pues sostenían puntos de vista doctrinales comunes" (**Dieckhoff, Die Waldenser im Mittelalter, 167, 168. Gottingen, 1851**). Ésta es la opinión general de las autoridades. M. Tocco no duda en afirmar que "Los Pobres de Lombardía (los Valdenses) descendían en línea directa de los Arnoldistas" (**Tocco, L'Eresia nel medio Evo. Paris. 1884**).

Berengario. Su complicada carrera. Berengario, quien nació en Tours y murió en la adyacente isla de San Cosme, fue acusado de tener puntos de vista Bautistas. Él era representante de aquellos que anhelaban la independencia espiritual y se oponían al Catolicismo Romano, movimiento que surgió a la superficie a través de toda la Edad Media. En 1140 D. C., él se convirtió en el Director de las Escuelas de la Catedral de Tours, pero su separación del Romanismo le trajo la condena de muchos concilios hasta que terminó su problemática carrera en profunda soledad. Su gran conocimiento tanto de los Padres como de la Literatura Clásica, junto con su profundo estudio de las Escrituras, le llevó a la conclusión de que la doctrina de la transubstanciación era falsa, y que en la Cena del Señor era necesario distinguir el símbolo de la cosa simbolizada. Deodwinus, Obispo de Liege, contemporáneo de Berengario, manifiesta que había un reporte surgido en Francia que acusaba a los

seguidores de Berengario de "rechazar el bautismo de infantes". Este punto de vista es aceptado por todos los historiadores.

Libros para consulta:

George P. Fisher (Congregacionista), A History of the Christian Church, p. 194, 188, 180, 209, 211, 424.
Schaff, V. Pt. 1, 507-515, 483-486.
Gieseler, III. 51-53.